

Las nuevas derechas en América Latina: un neoliberalismo contra la heterogeneidad

Nicolás Dvoskin (CEIL-CONICET, UNGS, UNLa)

1. Presentación del trabajo

La presente ponencia propone una reflexión acerca del proyecto político de las nuevas derechas latinoamericanas, también entendidas como extremas derechas, y toma como punto de partida una serie de discusiones previas del autor -Dvoskin (2019), Dvoskin y Bevegni (2020), Dvoskin y Bevegni (2021), Dvoskin (2022a)- referidas tanto al contenido conceptual de estos programas como a las condiciones a partir de las cuales estas han conseguido seducir a parte del electorado, crecer políticamente y, en algunos casos, como Brasil, llegar al gobierno.

En términos del recorrido de esta investigación, en Dvoskin (2019) describimos el entramado teórico y referencial de la extrema derecha económica en Argentina, haciendo hincapié tanto en las condiciones de posibilidad de su expansión mediática –que luego se volvería política- como en los debates entre estas miradas y las de la ortodoxia económica convencional. Luego, en Dvoskin y Bevegni (2020) analizamos el discurso de las extremas derechas de Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Bolivia, tomando como el caso central las reflexiones de las mismas acerca de la política social, y arribamos a la conclusión de que se trata de una combinación entre un programa económico neoliberal clásico con un proyecto moralista conservador anclado en el combate a la "ideología de género" y los derechos de las minorías. En Dvoskin y Bevegni (2021) enfatizamos en la dimensión comunicacional de estos fenómenos. Por último, en Dvoskin (2022a), desde una óptica de divulgación, enfatizamos en los motivos por los cuales estas ideas se han vuelto convocantes entre los jóvenes.

En este trabajo la propuesta es una más profunda conceptualización acerca del programa político de las nuevas derechas, sobre la base de una hipótesis de partida que tiene un trasfondo histórico: si el neoliberalismo tradicional -que se volvió hegemónico en los noventa, luego de haber presentado armas en los setenta- aceptaba la heterogeneidad social sobre la base de un mercado que de manera eficiente asigna premios y castigos y construye jerarquías legítimas y, frente a ello, los procesos postneoliberales, progresistas o neodesarrollistas del siglo XXI significaron el reconocimiento de la heterogeneidad inclusiva como una reivindicación de las diferencias mas deslegitimando al mercado y reconociendo la necesidad de garantizar la inclusión

social -no la igualdad-, dando pie a la expansión de movimientos por los derechos de minorías étnicas, lingüísticas, de género, etc., con el feminismo como uno de sus principales motores, la nueva extrema derecha construye su programa contra esa heterogeneidad inclusiva. Es decir, si el viejo neoliberalismo se enfrentaba a las estructuras rígidas y al orden social y moral de los Estados de bienestar y proponía la flexibilización como alternativa deseable, las nuevas derechas retoman el mismo programa económico pero se oponen a la heterogeneidad y, para ello, vuelven con una agenda de rigidez moral. En síntesis, se trata de un ensayo que busca organizar en clave de disputas hegemónicas los resultados de las investigaciones previas, para contribuir con un mejor acercamiento al fenómeno de las nuevas (extremas) derechas en la región.

El trabajo se organiza de la siguiente manera: la sección 2 presenta un recorrido histórico desde los desarrollismos de mediados del siglo XX hasta el neoliberalismo; la sección 3 presenta las discusiones en torno al concepto de postneoliberalismo como categoría explicativa de los procesos que se abrieron luego de las crisis del neoliberalismo; la sección 4 discute las nociones de homogeneidad y heterogeneidad en clave de utopías a lo largo del tiempo; la sección 5 introduce las características centrales de la nueva extrema derecha; la sección 6 arriba al objeto principal de este trabajo: la incorporación de estas nuevas derechas en la lógica de la homogeneidad / heterogeneidad expuesta previamente: la sección 7 expone las preguntas finales.

2. Del desarrollismo al neoliberalismo

Si el neoliberalismo se caracterizó como un programa político y económico que, a partir de una agenda de reivindicación de la acción privada en desmedro de lo público (Chomsky, 1999) se propuso desarmar las instituciones rígidas de los Estados de bienestar en los países centrales (Dean, 2012), o de los modelos de industrialización por sustitución de importaciones sostenidos por paradigmas desarrollistas en América Latina, los análisis de las nuevas extremas derechas del siglo XX deben enmarcarse en su oponente, en lo que buscan desarmar. Así, si los modelos desarrollistas o industrialistas ante los que se enfrentó el primer neoliberalismo son distintos de los que surgieron en la región luego de sus crisis alrededor del cambio de milenio, necesariamente la reacción será distinta. Por ende, para caracterizar a las nuevas extremas derechas debemos empezar por las diferencias entre los desarrollismos del siglo XX y lo que sobrevino luego de las crisis neoliberales, lo cual dista de constituir un consenso.

De manera sintética, los desarrollismos tenían como norte la constitución de sociedades de altos ingresos –o alto consumo en masa, en los términos de Rostow (1963)-, donde el canal para el acceso a ellos fuera el empleo registrado y el acceso a derechos sociales se garantice a partir de la relación laboral. En cierto sentido, los desarrollismos compartían con filosofías revolucionarias la premisa de aspirar a una sociedad homogénea, la cual se constituye a imagen y semejanza de las tecnologías productivas del fordismo (entendiendo que este rigió de manera limitada en las economías latinoamericanas): bienes industriales homogéneos y durables fabricados a gran escala y consumibles por una clase media pujante, donde la realización de las ganancias dependa de la permanente expansión del mercado, sea porque más gente puede comprarlos año a año o porque los que ya lo hacen pasan a consumir cada vez más. El propio crecimiento económico será irrefrenablemente el motor de un bienestar social que, para alcanzarse, deberá contar con instituciones sólidas, desde la regulación macroeconómica hasta la protección social, pasando por la provisión pública de servicios esenciales, los cuales, dadas las características del fordismo, no constituyen solo una garantía de legitimidad política y social de los modelos económicos sino, también y sobre todo, una garantía de la propia acumulación de capital.

Esta lógica regirá tanto en el desarrollismo más estrecho, aquel que sostiene sus estrategias en las hipótesis de la economía dual, según las cuales las desigualdades sectoriales pueden resolverse con el crecimiento del sector moderno y la movilidad de trabajadores hacia este (Lewis, 1960), como en el desarrollismo más amplio, fundamentado desde las hipótesis de la heterogeneidad estructural, a partir de lo que se multiplican y fragmentan las estrategias de intervención (Seers, 1980; Wolfe, 1982). Sea bajo una mirada simple a partir de la cual el crecimiento industrial vía inversiones extranjeras trae consigo el bienestar social o bajo una perspectiva más compleja que abre la mirada al rol de lo social en la planificación del desarrollo (ver Dvoskin, 2022b), el paradigma desarrollista apelará a un futuro de homogeneidad social, incluso si para conseguirlo se hace necesaria la implementación de políticas asimétricas o heterogéneas para sectores específicos.

El ascenso del neoliberalismo, desde mediados de los setenta, llevará al abandono de las propuestas de las décadas previas. El nuevo paradigma hegemónico sostendrá que el mercado puede resolver todos nuestros problemas y que cualquier intento por regularlo llevará a resultados negativos. Sin embargo, mientras algunos discursos neoliberales extremos renegarán de cualquier tipo de intervención, otros entenderán que los procesos

de transformación estructural propuestos demandarán tiempo y que, entonces, la acción estatal será necesaria para sostener políticamente la transición hacia una economía plena de mercado (Vilas, 1997). Entonces, exceptuando ciertas políticas de corto plazo que habrán de proveer la estabilidad política necesaria para las transiciones pro-mercado, las políticas públicas deben limitarse a proporcionar los incentivos adecuados que garanticen la eficiencia. Así, el neoliberalismo va a rechazar las virtudes de una sociedad homogénea, en tanto la heterogeneidad es el principal incentivo que motiva a las fuerzas del mercado. La heterogeneidad, en tanto premio o castigo por el mérito o demérito individual, se vuelve socialmente deseable.

3. De las crisis del neoliberalismo al postneoliberalismo

Si sobre las definiciones del neoliberalismo existen ciertos acuerdos –limitados, desde ya-, pero no es del todo arriesgado ofrecer explicaciones globales y hasta globalistas (Slobodian, 2018), lo que podemos definir como postneoliberalismo no solo tiene un alcance conceptual más discutible, sino que su delimitación geográfica debe restringirse a América Latina, y sobre todo a América del Sur.

Sin ir más lejos, poco después del final del siglo XX el sociólogo Emir Sader propuso un concepto polémico: el postneoliberalismo, asumiendo que la era del neoliberalismo en América del Sur había llegado a su fin (Sader, 2008). La experiencia del “No al ALCA” de 2005, impulsada principalmente por Chávez en Venezuela, Lula en Brasil y Kirchner en Argentina daba a entender que el continente se encaminaba hacia procesos de resignificación de la democracia a partir de gobiernos que se decían a sí mismos populares y que compartían no solo una mirada geopolítica sudamericanista sino una lectura crítica del neoliberalismo. Casi simultáneamente, en la literatura anglosajona se puso de moda el término “pink tide” (ola rosada) para referirse a estos procesos, haciendo hincapié en el contagio que los procesos populares de unos países tuvieron en los otros (Spronk, 2008).

En un texto sobre la experiencia de los postneoliberalismos de toda la región, Francisco López Segre describe las dieciocho características comunes del postneoliberalismo latinoamericano, entre las que destacamos: la recuperación del control de sectores estratégicos por parte del Estado, pero sin cuestionar en forma drástica el sistema capitalista existente, el rechazo al Consenso de Washington sin modificar el carácter extractivista de las economías, la adopción de nuevas formas de integración

regional como CELAC o UNASUR, en desmedro de la dependencia de los intereses de Estados Unidos, los programas de redistribución de la riqueza y de populismo asistencialista y la alianza con movimientos sociales e indígenas, entre otras (López Segrera, 2016, págs. 64 – 67). La conceptualización de Sader permitió que se construya el concepto de postneoliberalismo como una certeza de que los años del neoliberalismo habían quedado atrás para siempre, y que este incluso podía expresar un camino anticapitalista. Decía Sader en 2008 que

“el postneoliberalismo es el camino de negación del capitalismo en su fase neoliberal, que mercantiliza todo, en que todo tiene precio, todo se compra, todo se vende. El postneoliberalismo, al contrario, afirma derechos, valores, esfera pública, ciudadanía y ahí se da la disputa fundamental de nuestro tiempo, en que América Latina es el escenario más importante, el eslabón más débil de la cadena neoliberal” (Sader, 2008, pág. 43).

Otros autores, como Luiz Carlos Bresser Pereira (2009) prefirieron pensar en términos de neodesarrollismos, amparándose en las reflexiones de la CEPAL respecto del pasaje del viejo estructuralismo al neoestructuralismo (Bielschowsky, 2009). Los neodesarrollismos compartirían con los viejos desarrollismos las preocupaciones por el crecimiento industrial y la legitimación del rol del Estado, pero le agregarían, como signo de los nuevos tiempos, renovadas preocupaciones por la estabilidad macroeconómica, la solvencia financiera y la búsqueda de competitividad, lo que los llevará a resignificar la relevancia de las exportaciones primarias. Curiosamente, también desde perspectivas críticas es que el término “neodesarrollismo” se plasmó y consolidó, como Félix (2012) o Svampa (2011).

Más modesta es, al respecto, la propuesta de Mabel Thwaites Rey y Hernán Ouviaña (2018), quienes prefieren referirse al concepto de CINAL (ciclo de impugnaciones al neoliberalismo en América Latina), el cual no llega a configurar una lógica propia pero sí articula y generaliza los cuestionamientos al anteriormente hegemónico neoliberalismo (Thwaites Rey y Ouviaña, 2018).

Por último, cabe traer aquí la propuesta de Luciano Andrenacci (2012), también identificable en los trabajos de Lena Lavinas y André Simoes (2017), según quien el ciclo que se abre desde las crisis del neoliberalismo puede definirse como inclusionismo.

“La primera década del siglo XXI presenció una generalizada tendencia a cambios de gobierno favorables a partidos y coaliciones de centro-izquierda, o incluso, cuando estos partidos y coaliciones son de centro o centro-derecha, a la presencia de un discurso sensible a la pobreza y la desigualdad y a la necesidad de cambios estratégicos en el funcionamiento de la economía y de la política social. Le he llamado a esto ‘inclusionismo’” (Andrenacci, 2012, págs. 14 – 15).

Desde esta mirada, lo que caracteriza a los procesos de la primera década del siglo XXI, y los diferencia de los viejos desarrollismos, es la pregunta por la inclusión social. Es sobre estas categorías, en abierta interpelación a las definiciones de postneoliberalismo, ola rosada, neodesarrollismo y CINAL que se fundamenta el presente trabajo.

Emerge entonces la pregunta acerca de si estos procesos fueron solo una reacción a las crisis del neoliberalismo o si tuvieron fundamentos propios y comunes, y en este sentido es que necesariamente surgen comparaciones con el período pre-neoliberal. ¿Se trataba de un retorno a las políticas de industrialización sustitutiva, con la consecuente necesidad de salarios altos? Al parecer, y basándonos en Andrenacci (2012), el postneoliberalismo coincidía con el neoliberalismo y disentía con el desarrollismo respecto a la no-búsqueda de homogeneidad social. Quizás, si miramos ante todo lo económico, como resignación ante la imposibilidad de revertir las transformaciones estructurales del período neoliberal, el postneoliberalismo nunca se propuso la igualdad sino la inclusión.

La apuesta por la heterogeneidad inclusiva refiere a objetivos económicos menos pretenciosos, pero a una apertura política mucho mayor: si no tenemos que ser todos y todas iguales, podemos permitir la diversidad. No es casual, entonces, que este haya sido el período de apertura en toda América Latina de reivindicaciones de pueblos originarios, feminismos y disidencias sexuales. Inclusión en la diversidad, antes que igualdad. Dependiendo del caso, se articularon demandas desde abajo con impulsos desde los propios gobiernos. En cierto sentido, aun desde una lógica de mercado, algunas de esas puertas a la heterogeneidad deseada habían sido abiertas por el neoliberalismo a fines del siglo anterior.

Volviendo a los términos expuestos en la sección anterior, el postneoliberalismo expresará la caída en desgracia de las utopías del neoliberalismo. Las graves crisis económicas y sociales llevarán a la necesaria reconfiguración de las legitimidades políticas y esto abre la puerta a la entrada en escena o el mayor protagonismo de

representaciones atípicas, que enarbolaron las banderas del reconocimiento de derechos de minorías o grupos históricamente discriminados, como las comunidades indígenas, las mujeres, los movimientos LGTB, etc.

Así, simultáneamente se reconocen la imposibilidad y la inconveniencia de la homogeneidad social, precisamente porque la diversidad y el pluralismo se imponen como tendencias. Ciertamente es que este proceso de reconocimiento de la diversidad se está dando en todo el mundo, pero sólo en América Latina esto se ha enmarcado en las críticas al desastre del neoliberalismo. En este sentido, las políticas públicas toman ahora el nombre de inclusión social: todos habremos de ser diferentes, pero todos debemos estar incluidos en una sociedad heterogénea. Así llegamos al concepto de heterogeneidad inclusiva: hemos de recibir diferentes tratos y los grupos sociales excluidos han de ser priorizados, mas nunca llegaremos a ser iguales, y de hecho ni siquiera es deseable que eso suceda, en lo económico como resignación, pero en lo social como virtud pluralista.

4. De la homogeneidad a la heterogeneidad

¿En qué consiste, sucintamente, lo que hemos definido como el pasaje de las utopías de una sociedad homogénea –no necesariamente igualitaria- a las que reivindican la heterogeneidad y la pluralidad? Esta pregunta es relevante, precisamente, porque sobre ella es que se erigen las consignas y agendas de la nueva extrema derecha.

Como hemos afirmado hace algunas líneas, al igual que los Estados de bienestar europeos, el programa desarrollista latinoamericano incluía una convocatoria implícita a determinado orden social. De hecho, durante su etapa temprana hasta mediados de los años sesenta, la cual coincide con un período de democracias en todos los países, se creía en la posibilidad de que los conflictos políticos tuvieran una solución técnica. Es decir, el crecimiento de la productividad eventualmente eliminaría cualquier tensión. El desarrollismo tardío no fue tan ingenuo. La imposibilidad de una solución técnica a los conflictos políticos se hizo evidente y emergieron regímenes autoritarios institucionalizados. En comparación con el período previo, la necesidad de cierto orden social, ahora atravesada en muchos países por la moralidad cristiana o el llamado al comunitarismo, era un reconocimiento de las dificultades del proceso económico. Pero, independientemente del camino a seguir, nos referimos a una época que estaba atravesada por utopías optimistas, aun cuando muchas veces estas eran contradictorias entre sí.

El desarrollismo de mediados del siglo XX proyectaba para el mediano plazo una América Latina capitalista y de altos ingresos. Esperaba una sociedad organizada en familias nucleares heterosexuales, donde el hombre del hogar es el que debía estar empleado y ganar un salario suficiente como para alimentar a una esposa que permanezca en casa y a sus hijos, ahorrar y aumentar su consumo de bienes durables año a año. Algunos programas incluso planteaban que el desarrollo acelerado podría eliminar el flagelo del trabajo femenino.

El neoliberalismo rechaza la posibilidad de una sociedad organizada desde el gobierno: la anatomía de las sociedades han de ser constituida por el mercado a través de la correcta provisión de incentivos para el progreso y las responsabilización individuales. El esfuerzo es premiado y el desinterés castigado. Esto, de hecho, abrió la puerta a un mayor reconocimiento de las demandas por el respeto a la diversidad. Si existen distintas maneras de organizar nuestras vidas, y es el mercado el que las aprueba o desaprueba a través de sus premios y castigos, ¿puede la moral contradecir al mercado? Al mismo tiempo, si los incentivos individuales han de promover el bienestar, ¿tiene sentido seguir pensando en la homogeneidad social como utopía?

Desde ya, mientras muchos discursos neoliberales defendían y promovían la diversidad, sus consecuencias concretas muchas veces reforzaban las tradicionales estructuras de poder. El retiro del Estado arrojó a los hogares, y dentro de ellos a las mujeres, las responsabilidades sobre los cuidados. La reducción de los salarios reales llevó a que el ingreso de un miembro del hogar no alcance para satisfacer las necesidades de toda la familia. Las mujeres se lanzaron en masa al mercado laboral, en muchos casos bajo condiciones de informalidad y bajísimos salarios, pero simultáneamente mantuvieron su responsabilidad preponderante en las tareas domésticas y de cuidado.

El arribo del nuevo siglo nos hizo darnos cuenta, en muchos casos de la peor manera posible, de que las transformaciones estructurales causadas por el neoliberalismo tendrían consecuencias de largo plazo. Donde había habido pleno empleo formal a mediados del siglo XX, la probabilidad de replicar esa situación cincuenta años después se reconoció muy baja. Se empezó a hablar de pobreza estructural y de inempleabilidad. En ese sentido, la necesidad de la intervención extramercantil del Estado deja de ser transitoria para convertirse en permanente. Enormes grupos sociales pasarán a requerir ayuda por mucho tiempo antes de poder conseguir un empleo formal. Las incipientes discusiones sobre el salario universal, a raíz de las conceptualizaciones de la economía popular, han problematizado este asunto en niveles otrora desconocidos.

En la mayoría de los procesos postneoliberales, la herencia material del neoliberalismo y las restricciones políticas imposibilitaron reconvertir sus crisis en transformaciones profundas que nos podrían llevar hacia la igualdad. En cambio, el concepto que se impuso y la búsqueda que se encaminó fue la de la inclusión. De alcanzar el objetivo, no seríamos todos iguales, pero nadie quedaría afuera.

La persistente desigualdad económica es consecuente con la heterogeneidad social. ¿Todas las familias han de ser iguales? Aunque el fenómeno sea global, América Latina pasó a estar atravesada por un período de legitimación de demandas asociadas a derechos de minorías. El matrimonio igualitario, las autonomías de los pueblos originarios, las cuotas raciales o para discapacitados, la identidad de género y otras agendas se impusieron en el escenario político. La utopía de la inclusión, quizás entendida como un autoreconocimiento de las imposibilidades de una transformación social mayor, tuvo la virtud de poder incorporar estos reclamos mucho más fácilmente que cualquier utopía igualitaria, pues, precisamente, no todos debemos ser iguales.

Desde ya, tanto el desarrollismo tardío como el postneoliberalismo –y en menor medida el desarrollismo temprano- compartieron como premisa la necesidad de la redistribución del ingreso como un elemento necesario de su intervención económica y social. Por lo menos en el corto plazo, para que algunos reciban algo más otros deben resignar algo también. Durante la primera década del siglo la desigualdad disminuyó prácticamente en toda América Latina, incluso en aquellos países en los que no se experimentaron cambios políticos sustanciales respecto de la década anterior.

Las condiciones externas fueron beneficiosas durante la primera mitad, principalmente a partir del aumento de los precios de exportación, pero esto viró completamente después de la crisis financiera mundial de 2008, y las experiencias postneoliberales comenzaron a tambalear. En algunos casos hubo reversiones menores y en otros cambios importantes. Diez años después, el giro en la región pareció ser prácticamente total, pero el proceso fue paulatino y hoy en día se encuentra en franca confrontación. Llegando entonces al núcleo de este trabajo es que nos preguntamos qué características distintivas toma esta nueva derecha, a veces extrema, que hoy vemos pululando en todos lados –incluso en los gobiernos- y que en otros trabajos hemos dado en llamar postpostneoliberalismo (Dvoskin y Bevegni, 2020).

5. La nueva extrema derecha (no solo económica)

¿En qué consisten las nuevas expresiones de la derecha latinoamericana, que han llevado a algunos autores, por ejemplo López Segrera (2016) a hablar de un giro conservador hacia mediados de la década pasada? Si la ola rosada cedió su lugar a un crecimiento de las derechas, ejemplificado con las victorias electorales de Mauricio Macri en Argentina y José Piñera en Chile, para luego habilitar las tomas del poder por parte de extremas derechas, como Jair Bolsonaro en Brasil o el breve interregno autoritario de Jeaninne Áñez en Bolivia, cabe preguntarnos en qué sentido estos procesos se asemejan al o se diferencian del viejo neoliberalismo de fines del siglo pasado.

El giro conservador entró rápidamente en disputa, sin llegar a consolidarse, pero abriendo un escenario que podemos comparar más con el de los setenta que con el de los noventa: no estamos ahora en un momento de hegemonía de un paradigma, sino de tensión entre paradigmas. Las escaladas de violencia política, pero sobre todo de confrontación ideológica abierta, aun cuando en la mayoría de los países no están en riesgo las instituciones democráticas, es muestra de ello. Así como en los setenta el neoliberalismo libró una batalla no solo intelectual sino también fáctica contra los modelos desarrollistas e industrialistas, el nuevo neoliberalismo del siglo XXI está librando su batalla. ¿En qué consiste?

Cabe salir momentáneamente de la región y reflexionar acerca del fenómeno de las extremas derechas o alt-right en todo el mundo. Estos movimientos crecieron con fuerza en Europa y Estados Unidos luego de la crisis financiera de 2008, cuyas frustraciones se canalizaron fuertemente por derecha. Se trató de fenómenos políticos que encontraron su anclaje en sectores rurales, de ciudades pequeñas o de ingresos bajos que en las últimas décadas habían sufrido los procesos de desindustrialización y outsourcing, pero que también habían experimentado desintegraciones sociales, culturales y familiares de todo tipo, frente a los cuales la explicación externa de la causa migrante resultaba especialmente atractiva. La culpa de todo la tienen los inmigrantes –principalmente los musulmanes- y el sistema político que los apaña.

La especificidad de estos fenómenos políticos fue que se definieron a sí mismos como rebeldes, anti-sistema, e incluso en algunos casos antipolíticos. La norma, el sistema, lo establecido, sería una expresión de acuerdos espurios entre elites que no toman en consideración a sus pueblos. Así, el neoliberalismo más institucionalista –encarnado, por ejemplo, en la Unión Europea- habría de ser vencido por derecha, desde el nacionalismo, el rechazo a la inmigración y, a veces, la fe cristiana y el racismo. Frente a un neoliberalismo estándar, implícito y hegemónico las nuevas derechas se presentan

como alternativas, explícitas y contrahegemónicas. La figura que mejor expresó estas tendencias fue la de Donald Trump en Estados Unidos.

En América Latina estas tendencias no hacen hincapié en los inmigrantes, dado que la migración no suele ocupar la tapa de los diarios. No quiere no haya xenofobia, sino que no es tan habitual caerle a los migrantes con la responsabilidad de las penurias de la población local. Ese lugar es ocupado mayormente en nuestra región por una agenda moral que entiende que lo que nos está destruyendo es la imposición de consignas foráneas que invaden nuestras buenas costumbres y pervierten a nuestras sociedades. Así, se reivindica a la familia tradicional y se convoca a la población en contra de la llamada ideología de género, lo que incluye al universo LGBT (en términos de identidad de género, matrimonio igualitario, etc.), a la educación sexual integral y principalmente a la interrupción del embarazo. De fondo, se trata de consignas que combaten el avance del feminismo y de las minorías sexuales en temáticas muy diversas, por ejemplo contra el lenguaje inclusivo. Un rol trascendental, pero no exclusivo, han jugado en este fenómeno las iglesias evangélicas. Lo significativo es que en casi todos los casos se arguye que estas proclamas se inscriben en la vida de todas las familias como una imposición. Como señalan Julia Expósito y Matías Saidel en un artículo reciente, las nuevas derechas han construido en la ideología de género a un enemigo estratégico en tanto “y relaciona la defensa de los derechos de las subjetividades feminizadas con una avanzada comunista” (Expósito y Saidel, 2021: 264).

Un tópico adicional sobre el que han hecho mella muchas de estas tendencias ha sido, durante la etapa más dura de la pandemia de covid-19, el establecimiento de medidas sanitarias restrictivas por parte de los gobiernos. En su versión más extrema están los negacionistas de la pandemia y el preocupantemente creciente movimiento anti-vacunas. Al igual que con el feminismo, hay una idea de conspiración para imponernos una vida ajena a nuestros valores y coartarnos nuestra libertad.

Pero la agenda también es económica. Por más conservadores que parezcan o resuenen, los significantes de estas nuevas derechas siempre recuperan la idea de la libertad, aunque sea como virtud ética y como legitimación de la rebeldía. La guerra abierta es entre quienes piensan libremente y defienden el derecho a seguir haciéndolo y quienes se acoplan pasivamente a las mentiras que conspiran contra la libertad en beneficio de unos pocos. La guerra es entre libertad y comunismo. Y aquí es, entonces, donde entra a jugar la economía.

En América Latina, pero particularmente en Argentina, el epicentro de las frustraciones de muchos está en la economía, caótica, impredecible, desequilibrada. Se habla de economía en todos los hogares; temas económicos ocupan las tapas de los diarios cotidianamente. Frente a ello, escuchar en la tele que “la culpa de todo la tiene el gobierno” puede ser muy reconfortante. Es simple, es comprensible, es externo a uno y construye comunidad. Si se puede construir el mensaje es el gobierno que genera inflación emitiendo pesos para gastarlos en el Ministerio de la mujer, en las minorías sexuales o en garantizar abortos en hospitales públicos, la simbiosis está completa.

6. La nueva derecha contra la heterogeneidad inclusiva

Si volvemos a las categorías teóricas de las secciones previas, arribamos a la hipótesis central de este ensayo: el viejo neoliberalismo era profundamente heterogeneizante y parte de su legitimación consistía en enfrentarse a las estructuras rígidas y al orden social inmóvil del desarrollismo; el nuevo neoliberalismo pretende volver a la homogeneidad en clave de normalidad, en oposición a las desviaciones, en oposición a la inclusión en las diferencias. El neoliberalismo del siglo XX construyó su legitimidad desde la novedad, desde la modernidad, desde la ruptura de lo viejo. El nuevo neoliberalismo lo hace desde el llamado a volver a las raíces, incluso populares, a lo natural, a lo moralmente decente.

Pero también hay fuertes diferencias en cuanto al discurso político. En estos términos, el viejo neoliberalismo, sobre todo en su fase noventista, era expresamente neutro. Las ideologías habían llegado a su fin con la caída del muro de Berlín y el capitalismo no estaba en guerra contra nadie. No existían las disidencias, los enfrentamientos o siquiera la política. La militancia estaba asociada a lo viejo y vetusto; ahora son tiempos de management. La nueva derecha, es por oposición, abiertamente ideológica, llegando al punto de librar una guerra imaginaria contra el fantasma rojo. Define enemigos (el feminismo, los sindicatos, los gobiernos) a los que se ha de destruir y convoca abiertamente a la militancia y a la movilización. Se disfraza de rebelde, y muchas veces cree conscientemente que lo es.

La nueva derecha no se está enfrentando al viejo desarrollismo, sino al fragmentario, plural y heterogéneo postneoliberalismo. Se está oponiendo desde un discurso que recupera sin tapujos la racionalidad económica neoliberal, llevándola incluso al extremo, al tiempo que encarna luchas moralistas contra el aborto, el

matrimonio igualitario, el lenguaje inclusivo o la inmigración. Es decir, le pone a la utopía meritocrática del neoliberalismo condiciones de moralidad que tienen la particularidad de confundir lo hegemónico y lo contrahegemónico, invirtiendo los términos, haciendo como si el Estado y el capital fueran antagonistas o los lobbies LGBT fueran globalmente dominantes.

Es decir, postulamos la hipótesis –sometiéndola al debate- de que la nueva extrema derecha –cuyo crecimiento tiene como principal consecuencia el corrimiento de los debates y la presión sobre las derechas y centroderechas de siempre- se opone a la heterogeneidad inclusiva que se enarbó desde organizaciones sociales, movimientos populares, pero también gobiernos, desde las crisis del neoliberalismo.

7. Preguntas finales

A lo largo de estas líneas hemos intentado organizar algunas ideas que ya se encontraban expuestas en otros textos, estructurándolas en una clave explicativa que intente dar cuenta del fenómeno del crecimiento de las nuevas extremas derechas. Dado el carácter exploratorio e hipotético de este texto, como cierre no podemos ofrecer conclusiones, sino preguntas que se abren y se desean compartir.

La primera pregunta que nos surge es si, en términos de modelos históricos, los postneoliberalismos llegarán a ser considerados como un paradigma en sí mismo, o si serán solo un accidente en una larga era neoliberal: análogamente, si estas nuevas extremas derechas lograrán imponer un paradigma o, por el contrario, serán un accidente en una larga era postneoliberal. Por supuesto, solo dentro de varias décadas podremos dar una respuesta certera a esta pregunta.

En segundo lugar, cabe preguntarse si las consignas económicamente liberales y las moralmente conservadoras, pero que se erigen como liberales, entrarán en tensión al interior del propio imaginario de la nueva derecha. Es más, hasta pueden llegar a entrar en tensión con la propia lógica de acumulación de capital.

En tercer lugar, nos preguntamos por el devenir de las derechas de siempre, las del sistema, las liberales tradicionales. ¿Podrán soportar el avance de las extremas derechas, configurando una agenda propia que, más allá del libre mercado, milite a favor de las heterogeneidades, o terminarán sucumbiendo, como ha sucedido en varios casos, ante el atractivo de las extremas derechas para un electorado común?

Por último, cabe reflexionar acerca de las acciones de resistencia, donde se ubica programáticamente el autor de estas líneas. Desde las izquierdas nos hemos acostumbrado a debatir contra una derecha escondida, apolítica, la cual apela al sentido común y rechaza los enfrentamientos abiertos e ideologizados. Frente a una nueva derecha que no comparte estas lógicas, ¿cómo ha de configurarse el campo de batalla de ideas? Debemos aprender a debatir con un contrincante abiertamente político, lo cual nuevamente nos asemeja más al escenario de los setenta –afortunadamente, en otras condiciones políticas- que al de los noventa.

El propósito de estas preguntas es, por supuesto, dejar plasmado un debate y contribuir colectivamente a una mejor comprensión del fenómeno de las nuevas derechas en nuestra región.

8. Bibliografía

Andrenacci, L. (2012), “From Developmentalism to Inclusionism: On the Transformation of Latin American Welfare Regimes in the Early 21st Century” en *Journal of Development Studies*, Volume 28, N° 1; Centrum für Internationale Entwicklung, Vienna.

Bielschowsky, R. (2009), “Sesenta años de la CEPAL: estructuralismo y neoestructuralismo” en *Revista de la CEPAL*, N° 97, pp. 173-194.

Bresser-Pereira, L. C. (2016). Reflecting on new developmentalism and classical developmentalism. *Review of Keynesian Economics*, 4(3), pp. 331-352.

Chomsky, N. (1999), *Profit over people: neoliberalism and global order*, Steven Stories Press, Nueva York.

Dean, M. (2012), “Rethinking neoliberalism” en *Journal of Sociology*, 50 (2), 150 - 163.

Dvoskin, N. (2019), “El anarcoliberalismo como terraplanismo económico” en *Cuadernos de Economía Crítica*, Vol. 5, No. 10, pp. 159 – 168.

Dvoskin, N. (2022a), “El viejo truco de quemar el Banco Central” en *Revista Anfibia*, Universidad Nacional de San Martín. Disponible en: <https://www.revistaanfibia.com/el-viejo-truco-de-quemar-el-banco-central/>

Dvoskin, N. (2022b), “Heterogeneidad estructural, subdesarrollo y dependencia. Los entramados histórico-teóricos del desarrollismo tardío latinoamericano”. *Cuadernos de Economía Crítica*, 8(15), pp. 61-84.

Dvoskin, N. y Bevegni, M. (2020). “El postpostneoliberalismo sudamericano. Una mirada desde el análisis de las políticas sociales”. *Realidad Económica*, No. 335, pp. 73 – 100.

Dvoskin, N. y Bevegni, M. (2021), “Redes sociales, transformación digital y el avance de la extrema derecha en la América del Sur postpostneoliberal” en Congreso de la Asociación Latinoamericana de Investigaciones sobre América Latina, “Conocimiento, poder y transformación digital en América Latina”.

Expósito, Julia y Saidel, Matías (2021), “¿Anticomunismo sin comunismo? La construcción del feminismo como enemigo estratégico de las nuevas derechas y el dilema de la reproducción social” en *Razón Crítica*, N° 11, pp. 255-288

Félicz, M. (2012). Neo-developmentalism: “Beyond neoliberalism? Capitalist crisis and Argentina’s development since the 1990s”. *Historical Materialism*, 20(2), pp. 105-123.

Lavinas, L. y Simoes, A. (2017), “Social policy and structural heterogeneity in Latin America: the turning point of the 21st century” en *Revista de Economía Contemporánea*, Número especial, pp. 1-35.

Lewis, A. (1960), “Desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra” en *El Trimestre Económico*, Vol. 27, N° 108, pp. 629-675.

López Segrera, F. (2016). *América Latina: crisis del posneoliberalismo y ascenso de la nueva derecha*. Buenos Aires: Ediciones CICCUS y CLACSO.

Rostow, W. (1963), *Las etapas del crecimiento económico, un manifiesto no comunista*, México D.F., Fondo de Cultura Económica

Sader, E. (2008). *Refundar el Estado. Posneoliberalismo en América Latina*, Buenos Aires: Ediciones CTA y CLACSO.

Seers, D. (1980), “¿Qué estamos tratando de medir?” en *Boletín de Planificación*, N° 10-11, ILPES-CEPAL, Santiago de Chile.

Spronk, S. (2008). “Pink tide? Neoliberalism and its alternatives in Latin America”. *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, Vol. 33, No. 65, pp. 173 – 186.

Svampa, M. (2011). Extractivismo neodesarrollista, gobiernos y movimientos sociales en América Latina. *Problèmes d’Amérique Latine*, 80.

Thwaites Rey, M. y Ouviaña, H. (2018). “El ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina: auge y fractura”, en Thwaites Rey, M. y Ouviaña, H. (comps), *Estados en disputa: auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: El Colectivo, IEAL, CLACSO.

Vilas, C. (1997). “De ambulancias, bomberos y policías: la política social del neoliberalismo”. *Desarrollo Económico*, Vol. 36, No. 144, pp. 931 – 952.

Wolfe, M. (1982), “El desarrollo esquivo. La búsqueda de un enfoque unificado para el análisis y la planificación del desarrollo” en *Revista de la CEPAL*, N° 17, pp. 7-50.